

## CAPÍTULO IV.

### LITERATURA.

Poesía antigua. — Obstáculos para conocerla. — Fanatismo religioso. — Auto de fe literario. — Netzahualcoyotl. — Sus creencias. — Las Aztecas. — Ixtlilxochitl. — Tezozomoc. — Influencia de los frailes. — Alva. — Agurto. — Agüero. — Bautista. — Siglo de oro. — Góngora. — Alarcon. — Sus obras. — Sor Juana Inés de la Cruz. — D. Carlos de Sigüenza y Góngora. — Carnaval literario. — Veytia. — Clavijero. — Gama. — Renacimiento de las letras. — Navarrete. — Tagle. — Guerra de independencia. — Ortega. — Quintana Roo. — Inconvenientes. — Moratin y Gorostika. — Ocio de Carpio. — Pesado. — Couto y Lacunza. — Academia de San Juan de Letran. — Dramas de Calderon. — Rodriguez Galvan. — Periódicos literarios. — Prieto. — Arango. — Segura. — Escalante. — Alcaraz. — Lafragua. — Payno y Franco. — Desercion. — Los Estados. — Silencio. — Liceo Hidalgo. — Sus bases. — Presentes amistosos. — Zarco. — Una Musa. — Vasco Nuñez de Balboa. — Cuellar y Tovar. — Epigramas. — Novela. — Conclusion.

Las pintorescas y misteriosas tradiciones de las razas diversas que fueron estableciéndose sucesivamente en la gran mesa central del Anáhuac, mezcladas entre sí ó consideradas en separacion presentaban elementos indisputables para la formacion de una poesía propia; á la que ayudaba la elevada grandeza de aquella virgen natura, y la avanzada civilizacion de los pueblos en ella establecida. Pero



lo que hay de cierto es que no contamos con las flores naturales de aquella poesía silvestre, pero en las que abundaban sin duda, por las escasas muestras que han llegado hasta nuestros días, vivos colores y variados perfumes. La causa de su destrucción debe atribuirse en gran manera á la ignorancia de la escritura entre aquellas tribus, que, aunque pudiérase suplir aquella falta con los jeroglíficos de que hacían un uso constante, no son bastantes por sí solos á ese objeto por lo limitado, voluminoso y oscuro de sus signos. Agréguese á estas causas la no menos poderosa de la bárbara y destructora mano de los conquistadores, que so pretexto de la religion, acabaron con tantos monumentos de la civilización de los Aztecas, y así hallaremos fácilmente los motivos porque solo han llegado hasta nuestros días los débiles ecos de algunos cantos de los antiguos habitantes de estas regiones fértiles y hermosas.

Entre los que figuran en primer lugar en este fanatismo religioso que nos privó de tantos manantiales de instrucción sobre el adelantamiento de los Mejicanos, fué el primer arzobispo de Méjico D. Juan de Zumárraga, que mandando recoger las pinturas simbólicas, principalmente de Tezcucó y de los archivos de Tenuehtitlan, crónicas fieles, documentos importantes y cantos escogidos de aque-

llas razas, fueron todos colocados reunidos en el mercado de Tlatelolco, y por su orden reducidos á cenizas. Hechos de esta clase no necesitan de comentarios!

Solamente poseemos algunos cantos del regio solitario de Tezcotzinco, que encerrado en aquella encantadora morada, y teniendo por séquito aquellos magníficos y robustos árboles, por esposas las flores mas delicadas y graciosas, se remontaba á los cielos por medio de su inspiración, y cantaba al Ser Supremo en una entonación y con un lenguaje verdaderamente religiosos. Netzahualcoyotl no podía menos de expresarse así. Él había mandado construir un templo en la acostumbrada forma de pirámide, y en la cúspide una torre de nueve pisos de altura, para representar los nueve cielos; y un décimo estaba sustentando un techo pintado de negro, y profusamente dorado con estrellas en la parte exterior, é incrustado con metales y piedras preciosas por dentro. Dedicó este al « *desconocido Dios, la causa de las causas.* » Varios instrumentos músicos estaban colocados en la cima de la torre, y el sonido de ellos, acompañado del repique de un sonoro metal herido por un mazo, llamaba á los fieles á orar en épocas determinadas. No se permitía ninguna imagen en el edificio como inadecuada al « invisible Dios, » y se prohibía terminantemente al



pueblo el profanar aquellos altares con sangre; solo se podían ofrecer, como sencilla ofrenda, flores y gomas olorosas. Este ilustre rey merece tantos mas sufragios de admiración por su noble espíritu, y por los filantrópicos deseos de extirpar de su pueblo la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, cuanto que aquel era tan adicto á ellos, y todas las razas que habitaban el Anáhuac entonces no lo eran menos; pues que solo sus antecesores los Toltecas adoraban á los astros, y los Aztecas, por el contrario, sacrificaban como unas veinte mil víctimas cada año en las aras del templo dedicado á Huitzilopochtli.

Debemos á la hábil pluma del señor D. José Joaquín Pesado una colección de poesías tomadas de los antiguos cantares mejicanos, que dan, aunque imperfecta, una idea de lo que fueron, y también hallamos en las *Aztecas*, que así se llama la obra de aquel elegante poeta, algunos cantos del autor de los sesenta himnos al Criador.

Pesarosos nos apartamos de aquellos tiempos misteriosos y de las raras y poéticas razas que en Tezcucó brillaban con los rayos de sus adelantos morales é intelectuales; en Tlascala sabían hacer valer los derechos del pueblo, respirando un espíritu puro de independencia; y en Tenuchtitlan dieron á la vida notable esplendor y á sus construcciones lujo y magnificencia. No habiendo nada mas que

cosechar de datos y noticias de aquella oscura época, nuestra permanencia entre aquellos pueblos sería infecunda y perezosa, y como tenemos bastante de que ocuparnos, debemos descender á los primeros días que siguieron á la conquista porque así conviene á nuestro objeto.

A principios del siglo *xvi* floreció Ixtlilxochitl, nacido en Tezcucó, y que descendía en línea recta de los soberanos de aquel reino, pues motivaba su descendencia de la principal mujer de Nezahualpilli, y desempeñaba el cargo de intérprete del virey. Su nacimiento le proporcionaba el acceso con las personas de mayor linaje de su nación, algunas de las cuales ocupaban puestos civiles importantes bajo el nuevo gobierno, y poseían algunas colecciones de manuscritos indios que se le franqueaban liberalmente. Poseía una buena librería, y estudiaba con ahínco las antigüedades de Tezcucó. Descifraba también hábilmente los jeroglíficos, se hacía poseedor de algunos cantos y tradiciones, y fortificaba su narración con el testimonio oral de algunos ancianos que se habían comunicado con los conquistadores. Con recursos tan auténticos, compuso varias obras en castellano sobre la primitiva historia de los Toltecas y sobre las razas de Tezcucó, continuando esta última hasta que fueron sometidas al dominio de Cortés. Estas obras están reunidas con el



título de *Relaciones*, y abundan en noticias interesantes; también escribió la *Historia chichimeca*, que es la mas completa. Su cronología no es á veces la mas exacta; da á menudo oídos á relaciones y tradiciones destituidas enteramente de fundamento. Pero estos defectos están ampliamente recompensados con la buena fe y la sinceridad con que convence al lector. Él nos presenta un cuadro completo del pueblo mas civilizado de Anáhuac, en el que tanto influyó para sus adelantos el ya mencionado y célebre rey Netzahualcoyotl. Su estilo es sencillo y á veces se remonta á la elocuencia, y á veces también nos conmueve. Sus descripciones son altamente pintorescas y abunda en anécdotas familiares.

Émulo de él aparece Tezozomoc, descendiente de la propia manera de sangre real, pues que estaba relacionado por linaje con los reyes de Tacuba; pero su pluma se dedica á hacer resaltar las excelencias de la raza azteca. Verdad es, que nadie de aquellas tribus podría disputarle la supremacía á los Mejicanos en la parte material, pues que las artes mecánicas las habían elevado á un grado notable de progreso: en la agricultura también eran aventajados, así como en la ciencia matemática. Sus palacios y templos desplegaban realmente una magnificencia asiática, y sus mercados estaban pro-

vistos de todo lo agradable y lujoso para las comodidades de la vida; pero su mitología sangrienta era una barrera invencible para su perfección en la ciencia del gobierno, en el idioma, en la moral y en la religión. Las mejores historias, los mejores poemas, los mejores códigos de leyes, el mas puro dialecto, pertenecían, como dice el célebre historiador Prescott, á los habitantes de Tezcuco. Nos presenta Tezozomoc su historia desde que llegaron al Nuevo-Mundo los Aztecas, y nos instruye en detalles curiosos, que á veces degeneran en romance, pero que el discernimiento del lector ilustrado sabe eliminar á su justo valor. Concluye su obra bajo el reinado de Moctezuma, y antes de la llegada de los Españoles: su narración es amena y sencilla; da muchos pormenores sobre las guerras que sustentaron y sobre el número exorbitante de víctimas sacrificadas á sus dioses. Su lectura es útil, fácil é interesante al que desea instruirse mas detenidamente en la historia de los antiguos Mejicanos, y hace muy poco tiempo que ha visto la luz pública en una excelente traducción de Mr. Ternaux-Compans, tan conocido por sus importantes traducciones sobre la historia antigua de Méjico.

Después de estos escritores tenemos forzosamente que introducirnos en la soledad de los claustros para hallar algunos trabajos literarios, pues que fuera de



ellos solo se ocupaban las autoridades dependientes de la corona de España en afirmar mas y mas el dominio de aquella potencia, olvidándose de que el mejor vínculo de union es la civilizacion, y que ella produce en los pueblos la gratitud, que viene á ser como unos blandos lazos con que se dejan atar aquellos dócilmente, y estamos por decir, que con gusto. Muy contrario fué el sistema que se siguió con los vencidos; se les destruyó todo lo que poseian de sus antecesores, y en cambio no se les dió mas que algunas de las ventajas de los adelantos europeos; pero su vida intelectual fué atada con las cadenas de la ignorancia; solamente podian hallar consuelo en las dulzuras de la religion que alzó su enseña en el Gólgota, y que trajeron los altivos conquistadores para afirmarla en los sangrientos é inmundos *teocallis*. Por esto tambien los conventos eran los únicos puntos de donde partian algunos rayos de instruccion y adelanto; y entre estos los de la órden de franciscanos fueron los que mas descollaron, pues que ellos abrian escuelas públicas para enseñar las lenguas sabias y las ciencias, daban á luz gramáticas griegas y hebreas, reducian á formas gramaticales los idiomas indigenas, traducian á ellos obras de utilidad, y enseñaban tambien las artes útiles. — Alva, descendiente de los reyes de Tezcuco, ó Texcoco como hoy decimos, traduce

al mejicano varias comedias del gran Lope de Vega. — El agustino Agurto, que fué uno de los que concurren al tercer y célebre concilio mejicano como teólogo consultor, y despues fué nombrado obispo de Zebú, escribe algunas obras en las lenguas tarasca y mejicana. — Agüero, de la órden de Santo Domingo, deja escrito entre otras cosas un diccionario de lengua zapoteca; y Bautista, discípulo del conocido Torquemada, traduce al mejicano el Kempis. — Otros y otros que fuera prolijo y fastidioso mencionar trataban de difundir los conocimientos literarios con noble desprendimiento y filantropía. Pero estos esfuerzos aislados, y sin el auxilio del gobierno colonial, que mas bien los contrariaba, por temores infundados, no bastaban á poner estas regiones al nivel del movimiento europeo.

Aquella lozana y robusta poesia del siglo de oro de España, cuando asombraban con sus obras el tierno Garcilaso, el elevado sin pretension Fray Luis de Leon, el sublime Herrera, el filosófico Rioja y otros muchos que dieron impulso á las Musas, ó habian tenido una suerte desgraciada, ó se habian visto perseguidos por la Inquisicion ó molestados por el gobierno; así es, que pronto sus cantos se extinguieron, y sucedió á ellos un silencio triste precursor de la decadencia del buen gusto. En vano



el fecundísimo Lope de Vega, el noble Calderon, el gracioso Tirso y el conocedor Moreto se esforzaban en mantener la preponderancia del teatro español en Europa. En vano el estropeado de Lepanto, con su inmortal Quijote, vencía las mas altas reputaciones literarias y presentaba tesoros de invención, de donaires y de idioma. El mal era inevitable, y á él contribuyó de una manera decidida el ingenioso Góngora, el inventor del culteranismo que inficionó las letras españolas por tantos años.

En Méjico la postracion de las letras era absoluta, ó mas bien dicho, no se conocían, pues aunque en él se educó y escribió varias de sus obras el célebre autor del Bernardo, pertenecía por nacimiento á la metrópoli; tambien aquí escribió Mateo Aleman, á quien se debe el Guzman de Alfarache, pero por idénticas razones no nos pertenece; y Mejicanos afectos al cultivo de las Musas en esa época, ó no los había, ó los pocos que se contasen se perdieron sus nombres con sus obras.

Como aislados y majestuosos obeliscos que rasgan el azul del cielo con sus intrépidas agujas, así se nos presentan en la primera parte del siglo XVII tres nombres ilustres en la historia de las letras mejicanas, una monja célebre, un insigne dramático y un magnífico poeta y cosmógrafo.

D. Juan Ruiz de Alarcon figura en la historia de

nuestro teatro en primer lugar, y en la de la madre patria al lado de Lope, Calderon, Moreto y Tirso. El primero por el maravilloso número de sus obras, por la gracia de la expresion y por la ternura de los afectos se habia formado una posicion magnífica y popular; el segundo cautivaba por el complicado y discreto enredo del argumento, por la grandeza de los conceptos y el inesperado y sabio desenlace de aquel; el otro se introducía cortesantemente por su gracejo urbano y sus modales sociales, y el último por el chiste travieso y el malicioso donaire. Pero en medio de este lujo y magnificencia del teatro español, faltaba ese fin moral, faltaban esas útiles lecciones de la comedia, para la correccion de los defectos sociales. Este lugar vacío lo llenó cumplidamente nuestro compatriota. Él fué quien preparó el advenimiento del excelente Molière, y dió modelo al profundo Corneille. El poeta nacido en Tasco fué desde muy jóven á España, y allí recibió una distinguida educacion; pero la envidia comenzó á hacerle la guerra, y su talento á suscitar rivalidades peligrosas. Sin embargo él no se desanimó, sino que con firme ánimo y vocacion decidida, consagró su filosófica pluma al teatro. Un verdadero curso de moral puede registrarse en sus obras, y, como dice uno de sus biógrafos, Alarcon sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para



que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazón de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte, en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al joven emprendedor en *La industria y la suerte*, que tal vez aquella vence á esta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba; preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca duración, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos; tal es la lección que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprensión limitada; conviene, pues, dar la sabia razón de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende Alarcon en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es conatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarle una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuellan en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *Los pechos privilegiados*, en *El dueño de las estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que*

*te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos, y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal, que desatiende los compromisos del honor; la ingratitud, la detracción, la mentira: temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *El desdichado en fingir*, *Los empeños de un engaño*, *La verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de Alarcon, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias: *La culpa busca la pena*, y *Quien mal anda mal acaba*. Su mérito se desconoció en sus días, y cuando el gran Corneille imitó y en parte tradujo *La verdad sospechosa*, dijo que daría dos de sus mejores composiciones por haber inventado aquel argumento, y que aquella pieza era lo que en español mas le habia agradado. Él consideraba como su autor á Lope de Vega, y el verdadero, al dirigirse al público en una introducción á sus comedias, decia que algunas de estas últimas habian sido plumas de otras cornejas, pues que andaban impresas con nombres supuestos. Es curiosa la coincidencia entre aquella comparación de Alarcon, y la circunstancia de que *corneille* significa en francés *corneja*, y que el dramático de este nombre se valió de la pieza ajena ya mencionada, para aumen-



tar su fama, aunque lo confesó ingenuamente. Es inútil nos detengamos para probar las excelencias de nuestro insigne poeta cómico, quien además en estilo y pureza de lenguaje podía servir de dechado á sus rivales. Es inútil, vuelvo á repetir, porque la posteridad le ha hecho la justicia que le negaron sus ingratos contemporáneos, y ya plumas mas diestras que la mia han graduado los ricos quilates del oro que encierran sus obras, tanto en varias naciones de la culta Europa, como en este su país natal, rehabilitando su alta reputacion y esclarecida fama.

Sor Juana Inés de la Cruz, y Sigüenza y Góngora, fueron las otras joyas, como ya lo hemos dicho, de nuestras letras en el siglo xvii. La primera reunia á los divinos encantos de una hermosura eminente, un talento clarísimo y precoz, que desde muy niña se dió á conocer por su deseo ardiente por la instruccion, pues que á los tres años de edad, al acompañar á una hermana mayor á la escuela le suplicaba á la maestra que tambien á ella le diera leccion, *como le mandaba decir su señora madre*. No queria tomar leche, conforme á la creencia vulgar de aquel tiempo, porque deseaba no se entorpeciese su inteligencia, y se cortaba el cabello y no lo dejaba crecer hasta que no habia aprendido lo que se habia propuesto, pues que *no parecia razon,*

*que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era mas apetecible adorno.* Pronto la fama de su agudo ingenio, de su vasta instruccion y de su gran lectura se extendió por toda la Nueva España, y todos se esforzaban en saludar con el dictado de *Décima Musa* á la gentil poetisa, que se hallaba colocada al lado de la vi-reina como su dama de honor. Fueron llamados para que la examinasen los hombres mas sabios y distinguidos que encerraba la capital, y quedaron admirados de su ingenio y discrecion, proclamando de consuno la universalidad de sus conocimientos. Se ignoran las causas que la decidieron á cubrir su esbelto cuerpo con el sayal de monja y su bellissimo rostro con el velo de las esposas del Señor, cuando su posicion elevada en la corte, sus cuantiosos bienes, sus encantos naturales, su fama literaria le prometian en el mundo una cadena no interrumpida de triunfos. Esto es tanto mas notable cuanto que su imaginacion de fuego y sensibilidad exquisita debió exaltarse sin duda con la lectura de las piezas de los grandes dramáticos españoles, viendo animadas aquellas damas tiernas y constantes en la pasion creadas por el ingenio de Lope, ó aquellos gallardos, nobles y decididos amantes de Calderon que tan pronto desarmaban á sus rivales de la espada, como vencian las esquivaces de sus amadas,



y llegaban hasta sus brazos á pesar de los rigores de la fortuna y de los obstáculos de la sociedad. ¡Qué! ¿no aguardaria nuestra poetisa ver realizado uno de esos galanes dignos y valientes, complemento de la vida femenil? ¡Ah! sí; su encendida imaginacion los veria venir; su alma tierna se los pediria; sus gracias perfectas los atraerian con amorosos lazos ligándolos..... Pero su espíritu era elevado; ella aspiraba á lo grande, sublime y eterno, dejando á un lado lo hermoso y perecedero, y solo hallaba digno de aquellas aspiraciones, á Dios, y fué su esposa..... ¡Allí en la soledad del convento encerró su vida y sus deseos! Allí por éxtasis religiosos y por devotas contemplaciones trocó las caricias de juvenil vigor y los besos de ámbar de algun generoso y bello amante! Allí por el frio del claustro, por la humedad de las huesas y por la áspera lana, dejó la caliente atmósfera de perfumes y armonías de las fiestas, el vivo ardor del placer, y el terso y crujiente raso de los vestidos de la pompa! Todavía eran allí los versos ventana de desahogo; pero hasta de ese recurso se la privó porque con este fin recibió una epístola del obispo de Puebla D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, y su vida desde este punto se consagró enteramente á la práctica del mas acendrado ascetismo. Es indudable que de sus cantos no mas que los ecos conocemos,

de sus imágenes las sombras, de su idioma la traduccion; porque las preocupaciones de la época, el sexo á que pertenecia, la escolástica que reinaba, su condicion de monja, eran indudablemente un inconveniente para que sus pensamientos no vieses la luz como los concebía, y es muy probable que los mejores, nuevos y propios quedaran sepultados en su cerebro. Las poesías que nos ha dejado se resienten de los defectos del culteranismo introducido por el español Góngora, y frecuentemente ocurren ideas alambicadas y extravagantes, erudicion amanerada, sentimiento rebuscado; pero á veces; cuánto donaire, naturalidad, sencillez y ternura! Su versificacion es fácil y flúida y corre como un limpio manantial, solamente contrariado en su curso por algunos obstáculos que quiebran sus cristales y los empañan. Sus obras se componen de sonetos y romances, y otra variedad de combinaciones métricas, sobre asuntos ora profanos, ora sagrados; acompañando estas composiciones con loas, autos sacramentales y dos comedias. Tambien nos dejó algunos trabajos en prosa, todo probando, entre los resabios del mal gusto de su tiempo, un talento elevado, una discreta erudicion y una sensibilidad y fuego femeniles. Falleció á fines de su siglo, en el convento de San Jerónimo, y su muerte fué lamentable para la historia de las letras mejicanas, que



tuvieron dos pérdidas en ella, la de su entrada al claustro y su descanso en la tumba. Gallego, célebre por su elegía al Dos de Mayo, al hablar de ella en el prólogo á las elegantes poesías de la señora Avellaneda, le paga un merecido tributo. En su elogio se compusieron tomos enteros, contándose entre sus panegiristas al ilustre Feyjoo, y á haber figurado en otro teatro y en otros tiempos fuera la maravilla del mundo. — Juntamente con la insigne monja hemos mencionado á D. Carlos de Sigüenza y Góngora, que se distinguió como poeta, filósofo, matemático, historiador, anticuario y crítico, y tomó la sotana de jesuita en el colegio de Tepozotlan; era tal su afición y entusiasmo por todo lo útil y curioso, que cuando el populacho puso fuego á las casas municipales durante el motin del 8 de junio de 1692, Sigüenza conociendo la pérdida irreparable que las letras iban á sufrir con la destruccion de los preciosos documentos encerrados en aquel archivo, partió para la plaza seguido de sus amigos y de alguna gente resuelta, entre la que distribuyó dinero; y viendo no ser posible entrar por las piezas bajas, que todas eran presa de las llamas, aplicó escalas á los balcones, subió al frente de todos, y asiendo en medio del fuego los libros y papeles que aun existian, los arrojó á la plaza, sin cesar en tan peligrosa tarea, hasta no quedar un solo documento

de los escapados hasta entonces de las llamas. Su tiempo lo ocupaba en el estudio de las ciencias, siendo nuestro primer cosmógrafo, y por órden del virey D. Gaspar de Sandoval, conde de Galve, acompañó al general de la armada D. Andrés de Pez, á las exploraciones y descripcion del Seno Mejicano. Se consagró á los trabajos mas heterogéneos y en todos se distinguió. Dejó obras muy notables de todos los ramos en que se ensayó, como hemos expresado, unas inéditas y otras impresas, y tambien un elogio fúnebre de Sor Juana Inés de la Cruz. Pero si las ciencias y las antigüedades recibieron un impulso desconocido en estas regiones con su pluma, su poesía se resiente del mal gusto, puerilidad y extravagancias de los cultos; sin embargo entre ellas lucen los destellos poderosos de un verdadero poeta.

La España por esta época no producía nada notable en literatura; aquellos ilustres ingenios habian desaparecido, y como sus cuerpos yacian en los sepulcros, así sus obras estaban condenadas al olvido, porque el culteranismo con sus ruidosos cascabeles todo lo invadía, y aquella literatura de farsa y de postizas galas reinaba despóticamente. Esta época puede llamarse propiamente el carnaval de la literatura española: sus locas contorsiones, sus colores chillantes, sus ridiculas imágenes, sus triviales con-



ceptos, todo manifestaba, todo, su decadencia efectiva, y que deseaba ocultar sus enjutas formas, sus secas gracias y su famélico aspecto bajo el disfraz de falsos oropeles. Si esto acontecía en la metrópoli, ¿qué había de suceder en la colonia? la esclava no hacía mas que seguir á su señora, y naturalmente los pasos de aquella eran mas torpes, los adornos mas groseros, la voz mas hueca. Aquí la poesía solo se ensayaba en celebrar las juras de Felipe V y de Luis I, de la manera que es de presumirse de las malas letras, y sus autores mas parecían arlequines que poetas.

Solo en el ramo de la historia aparecen entonces hombres ilustres en nuestro suelo que son su verdadero ornamento, y cuyas obras se guardan en lugares privilegiados en las bibliotecas y son consultadas como fuentes de saber donde se saborean los ambiciosos de instruccion y adelanto, ó los que emprenden buscar datos ó bases para elevar nuevos monumentos á la historia primitiva y curiosa de nuestra amada patria.

Aparece Veytia, descendiente de una familia respetable en alto grado, y despues de una brillante educacion pasa á España, donde es bondadosamente acogido por la corte; despues visita varios paises de Europa, se instruye en sus diversas lenguas, y con un diligente estudio se consagra á la historia na-

cional y á sus antigüedades. Provisto de documentos importantes, escribe aquella desde la primera ocupacion del Anáhuac hasta mediados del siglo xiv, y al principio de su obra ha procurado trazar las emigraciones y los anales históricos de las principales razas que entraron al país. Cada una de sus páginas es una prueba evidente de la extension y fidelidad de sus indagaciones, y parece que con mayor gusto contempla á la raza que se estableció en Tezcucó, lo que no es extraño por su preponderancia en sus adelantos morales y en refinamiento intelectual. En la misma ocasion se ocupaba el ilustre jesuita Clavijero de idénticas tareas, y desde su destierro de Bolonia escribió á Veytia sobre la coincidencia de sus ocupaciones, y ambos se animaban en su noble empresa. — El célebre autor de la *Storia antica del Messico*, nacido en Veracruz, cuando la expulsion de la célebre Compañía de Jesús, abandonó su patria para siempre, pero no la olvidaba en las tristezas del destierro, antes bien le consagró sus poderosas facultades de ingenio y su actividad que no dejó por examinar nada de aquello que llegaba á su noticia en el género de antigüedades, registrando cuidadosamente pinturas y manuscritos, y acopiando toda clase de datos para emprender su grande obra que llevaba la mira de vindicar á sus paisanos de las inexactitudes de Ro-